

estaba resuelto á hacerlo. El prisionero, atados los brazos á la espalda con un cordón de seda, fué introducido á presencia del implacable pariente á quien había ofendido.

## XLII.

## SU ENTREVISTA CON EL REY.

Entonces Monmouth se arrojó al suelo y se arrastraba á los pies del Monarca. Lloraba, y quería abrazar las rodillas de su tío con sus atados brazos. Pedía la vida, tan sólo la vida, la vida á cualquier precio. Declaraba haber cometido un gran crimen, mas tratando de echar la culpa á otros y en particular á Argyle, que antes hubiera puesto él mismo sus piernas en el potro que salvar la vida con tales bajezas. El desdichado imploraba compasión de Jacobo, invocando los lazos del parentesco, la memoria del difunto Rey, que había sido el mejor y más leal de los hermanos. Jacobo respondió gravemente que el arrepentimiento era tardío; que lamentaba la desgracia que el prisionero había traído sobre su cabeza, mas que la ocasión no era oportuna para obrar con blandura. Había publicado una declaración llena de las más atroces calumnias; había usurpado el título real: para traiciones de tal importancia, no había perdón como no fuese después de la muerte. El pobre Duque, lleno de terror, declaró que nunca había deseado usurpar la corona, mas que los otros le habían inducido á tan fatal error. Y en cuanto á la declaración, él no la había escrito, ni menos la había leído; la había firmado sin pasar siquiera la vista por el papel: todo era obra

de Ferguson, de aquel miserable villano de Ferguson. «¿Queréis hacerme creer, dijo Jacobo con desprecio muy merecido, que en tales momentos habéis puesto vuestra firma en un papel, ignorando su contenido?» Sólo quedaba un abismo de infamia, y aun hasta allí descendió el prisionero. Había sido, ante todo, campeón de la religión protestante, y la defensa de aquella religión habíale servido de pretexto para conspirar contra el Gobierno de su padre y para traer sobre su patria las desgracias de la guerra civil. Sin embargo, no se avergonzó de indicar que estaba dispuesto á reconciliarse con la Iglesia de Roma. El Rey, con entusiasmo le ofreció asistencia espiritual, pero no dijo nada de perdón ó disminución de la pena. «¿No hay, pues, esperanza?» preguntó Monmouth. Jacobo volvió la espalda sin decir nada. Entonces Monmouth, tratando de recobrar su valor, se levantó, y salió con una firmeza de que no había dado muestras desde su caída (1).

Grey fué introducido en seguida, mostrando en su porte tal serenidad y entereza, que hasta el severo y resentido Monarca se conmovió. Confesó francamente su culpa sin excusarse, y ni una sola vez se rebajó á pedir la vida. Ambos prisioneros fueron enviados por el río á la Torre. La tranquilidad no se alteró; pero muchos miles de personas, con la ansiedad y la tristeza pintadas en el rostro, trataban de ver á los presos. La resolución del Duque le abandonó tan pronto saliera de la presencia real. En el trayecto hasta la prisión se lamentaba de su suerte, acusando á sus partidarios é imploraba de una manera abyecta la inter-

(1) Burnet, 1, 644; Evelyn, *Diary*, julio 15; *sir J. Bramston's Memoirs*, *Reresby's Memoirs*; *Carta de Jacobo al Principe de Orange*, 14 de julio, 1685; Barillon, julio 16 (26); Buccleuch, MS.

cesión de Dartmouth. «*Milord, yo sé que vos amabais á mi padre; por su memoria, por Dios, ved si aun puede haber esperanza.*» Dartmouth replicaba que el Rey había dicho la verdad, que un súbdito que toma el título de rey debe renunciar á toda esperanza de perdón.

Poco después de haber entrado Monmouth en la Torre, supo que su esposa, de orden del Rey, iba á verle. La acompañaba el Conde de Clarendon, canciller privado. Su marido la recibió con mucha frialdad, dirigiendo la palabra casi especialmente á Clarendon, cuya intercesión imploraba con gran vehemencia. Clarendon no le dió la más leve esperanza, y aquella misma noche dos Prelados, Turner, obispo de Ely, y Ken, obispo de Bath y Wells, llegaron á la Torre con un solemne mensaje de parte del Rey. Era entonces la noche del lunes, y el miércoles por la mañana, Monmouth debía morir.

Grande fué la agitación del Duque al escuchar la triste nueva. La sangre huyó de sus mejillas, y durante algún tiempo no pudo pronunciar palabra. La mayor parte del breve tiempo que le quedaba lo desperdició en vanas tentativas para alcanzar, si no completo perdón, al menos disminución de la pena. En vano escribió lastimeras cartas al Rey y á los cortesanos. Enviáronle de la corte algunos teólogos católicos; mas pronto se convencieron de que, si bien de buena gana hubiera comprado la vida renegando de la religión cuyo campeón había sido en cierto modo, caso de tener que morir, le era indiferente morir con su absolución ó sin ella (1).

No estaban Ken y Turner mucho más complacidos

(1) Buccleuch MS.; Clarke. *Life of James the Second*, II, 37; *Orig. Mem.*; *Citlers*, julio 14 (24), 1635; *Gazette de France*, I (11) de agosto.

del estado de su espíritu. La doctrina de la obediencia (*non resistance*) era á sus ojos, como á los de la mayor parte de sus colegas, el carácter distintivo de la Iglesia anglicana. Los dos Obispos insistían en que Monmouth declarase que al sacar la espada contra el Gobierno había cometido un gran pecado; mas en este punto le encontraron obstinadamente heterodoxo. Y no era esta su única herejía: empeñábase en sostener que sus relaciones con lady Wentworth eran inocentes á los ojos de Dios. Le habían casado, decía, cuando aun era niño. Nunca había querido á la Duquesa. La felicidad que no había encontrado en el hogar, habíala buscado en libres amoríos que la religión y la moral condenan. Enriqueta le había apartado de aquella vida de vicio; á ella le había sido siempre constante, y ambos de común acuerdo habían implorado con fervientes plegarias que la Providencia les iluminase. Después de aquellas oraciones, su mutuo afecto, lejos de disminuir, había aumentado, no pudiendo, pues, dudar por más tiempo que á los ojos de Dios su unión era legítima. De tal modo escandalizó á los Obispos tal concepto del lazo conyugal, que se negaron á administrar la Eucaristía al prisionero. Lo único que pudieron alcanzar de él fué la promesa de que durante la sola noche que aún le quedaba pediría á Dios le iluminase si estaba en error.

El miércoles por la mañana solicitó que el doctor Tomás Tenison, vicario á la sazón de San Martin, en cuyo importante puesto había alcanzado la estimación del pueblo, viniese á la Torre. De Tenison, cuyas opiniones moderadas eran bien conocidas, esperaba el Duque más indulgencia que de Turner y Ken. Pero Tenison, fueran cualesquiera sus ideas respecto á la obediencia en abstracto, consideraba la última rebelión censurable y mala, y creía además

que el concepto de Monmouth acerca del matrimonio era extravió peligroso. Monmouth, sin embargo, continuaba obstinado en sus ideas. Había implorado, decía, la dirección divina, y puesto que sus sentimientos habían permanecido invariables, no podía dudar de que eran conformes á los divinos preceptos. Tenison le exhortaba con más blandura que los Obispos, pero, como ellos, no se creía autorizado á administrar la Eucaristía á un pecador cuya penitencia era tan poco satisfactoria (1).

La hora, en tanto, se acercaba: no había ni la más leve esperanza, y Monmouth había pasado del temor pusilánime á la apatía de la desesperación. Trajeron sus hijos á su cámara para que se despidiera de ellos, y fueron seguidos de su esposa. A ella le habló con benignidad, pero sin emoción; y aunque era mujer de gran fuerza de espíritu y tenía pocos motivos para quererle, su dolor fué tal, que ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas. Él solo no se conmovió (2).

## XLIII.

## SU EJECUCION.

Eran las diez. El coche del Gobernador de la Torre estaba pronto. Monmouth solicitó de sus consejeros espirituales que le acompañasen al lugar de la ejecución, y ellos consintieron, pero diciéndole que en su

(1) Buccleuch MS.; Clarke, *Life of James the Second*, II, 37, 38; *Orig. Mem.*; Burnet, I, 645; *Relación de Tenison* en Kennet, III, 432. edición de 1719.

(2) Buccleuch MS.

opinión iba á morir en estado de ánimo muy peligroso, y si le acompañaban, su deber les ordenaba exhortarle hasta lo último. Al pasar por entre las filas de los guardias los saludó con una sonrisa, y con paso firme subió al cadalso. Tower Hill estaba literalmente cubierta hasta las mismas chimeneas por una innumerable multitud de espectadores, que en temeroso silencio, interrumpido sólo por suspiros y sollozos, escuchaba las últimas palabras del favorito del pueblo. «*Poco tengo que decirlos, empezó el Duque; no he venido aquí á hablar sino á morir. Muero en el seno de la iglesia protestante de Inglaterra.*» Y como los obispos le interrumpiesen diciéndole que si no declaraba culpable la resistencia no era miembro de aquella Iglesia, él continuó hablando de su Enriqueta. Era, decía, una joven dama honrada y virtuosa; la amaría hasta el último instante y no podía morir sin dar rienda suelta á sus sentimientos. Los obispos le interrumpieron nuevamente, suplicándole no emplease tal lenguaje. A esto siguió un ligero altercado, que valió á los teólogos la acusación de dureza con el moribundo, si bien, según parece, sólo son culpables de haber cumplido lo que á sus ojos era deber sagrado. Monmouth conocía los principios religiosos de los que le asistían, y si hubiera deseado evitar sus interrupciones, no debía haber solicitado su compañía. Sus argumentos contra la resistencia no le produjeron el menor efecto; mas cuando le hicieron presente la ruina que había traído sobre sus bravos y celosos partidarios, la sangre que por él se había derramado, las almas que sin preparación habían ido á comparecer ante el gran Juez, se sintió conmovido, y dijo con blando acento: «*Eso sí lo confieso y me lamento de que haya sucedido.*» Ellos rezaban con él fervorosamente, y él se unía á sus peticiones hasta que invoca-

ron la bendición divina para el Rey. El Duque entonces permaneció silencioso. «Señor, dijo uno de los asistentes, ¿no rezáis por el Rey con nosotros?» Monmouth permaneció un momento en silencio, y después de una lucha interna exclamó: «Amén.» Mas en vano imploraban de él los ministros que dirigiese á los soldados y al pueblo algunas palabras excitándoles á obedecer al Gobierno. «No quiero pronunciar discursos,» exclamó. «Sólo algunas palabras Milord.» Mas no haciendo caso, volvió la espalda, llamó á su criado, y poniéndole en la mano una caja de mondadientes, última prueba de malogrado amor. «Dásela, decía, á aquella persona.» Acercóse entonces á Juan Ketch el ejecutor, pobre desgraciado que había dado la muerte á muy valientes y nobles víctimas, y cuyo nombre por espacio de siglo y medio ha servido para designar vulgarmente á todos los que le sucedieron en su odioso oficio (1). «Aquí hay seis guineas para tí, dijo el Duque. No me trates como á lord Russell. He oído que le diste tres ó cuatro golpes. Mi criado te dará más oro, si cumples bien con tu deber.» Se despojó entonces de los vestidos que le estorbaban, probó el filo del hacha manifestando algún temor de que no estaba bien afilada, y puso la cabeza en el tajo. Los teólogos al mismo tiempo grita-

(1) El nombre de Ketch vese con frecuencia unido al de Jeffreys en las sátiras de aquellos días.

While Jeffreys on the bench, Ketch on the gibbet sits.  
(En el tribunal reina Jeffreys y en el patíbulo Ketch.)

dice un poeta. En el año siguiente á la ejecución de Monmouth, Ketch fué privado del empleo por haber insultado á uno de los Sheriffs, sucediéndole un carnicero llamado Rose. Pero á los cuatro meses el mismo Rose fué ahorcado en Tyburn, siendo entonces repuesto Ketch. Luttrell's Diary, enero 20 y mayo 28, 1688. Véase una curiosa nota del doctor Grey en el Hudibras, part. III, canto II, verso 1.534.

ban con gran energía: «¡Que Dios acepte vuestro arrepentimiento; que Dios acepte vuestro imperfecto arrepentimiento!»

El verdugo se dispuso á cumplir su oficio, pero estaba desconcertado por lo que le había dicho el Duque, y el primer golpe sólo produjo una ligera herida. El Duque se agitó violentamente, levantó la cabeza del tajo y dirigió al ejecutor una mirada de reconvencción. Nuevamente dobló la cabeza; repitióse el golpe una y otra vez, sin poder cortarle el cuello, mientras él continuaba agitándose. La multitud lanzaba gritos de rabia y horror. Ketch, profiriendo una maldición, arrojó al suelo el hacha, diciendo: «No puedo, me falta valor.—¡Coge el hacha!» exclamó el Sheriff.—«¡Arrojadlo á la plaza!» rugía la multitud. Por fin el verdugo cogió nuevamente el hacha y otros dos golpes extinguieron el último resto de vida, pero hubo de emplear un cuchillo para separar la cabeza de los hombros. De tal manera había enfurecido á la multitud la torpeza del ejecutor, que corrió inminente peligro de ser hecho pedazos, y salió de la plaza escoltado por fuerte guardia (1).

Entre tanto, muchos empapaban sus pañuelos en la sangre del Duque, pues á los ojos de una gran parte de la multitud era un mártir que había muerto por la religión protestante. La cabeza y el cuerpo fueron colocados en un ataúd cubierto de terciopelo negro, y sepultados secretamente bajo la mesa de comunión de la capilla de San Pedro, en la Torre. Cuatro años después, nuevamente se removía el pavimento, y

(1) Descripción de la ejecución de Monmouth, firmada por los teólogos que le asistieron; Buccleuch MS.; Burnet, I, 646; Citters, julio 17 (27), 1688; Luttrell's Diary; Evelyn's Diary, julio 15; Barrillon, julio 19 (29).

muy cerca de los restos de Monmouth eran depositados los de Jeffreys. En verdad, no hay lugar más triste en la tierra que aquel pequeño cementerio. La muerte no se ve allí asociada, como en la Abadía de Westminster ó San Pablo, con el genio y la virtud, con la veneración pública é imperecedero renombre, y menos aún, como en las más humildes iglesias y cementerios, con los más caros sentimientos de la vida social y doméstica, antes al contrario, vese allí cuanto hay de más sombrío en la naturaleza humana y en el humano destino, unido al salvaje triunfo de enemigos implacables, á la inconstancia, á la ingratitud, á la cobardía de los amigos, con todas las miserias de la grandeza caída y de la fama empañada. Allí fueron conducidos en épocas sucesivas por las rudas manos de los carceleros, sin que parientes ni amigos acompañasen el fúnebre cortejo, los sangrientos restos de ínclitos capitanes, jefes de partido, oráculos del Senado y ornamentos de las cortes. Allí fué sepultado, frente á la ventana donde oraba Juana Grey, el mutilado cadáver de Guilford Dudley. Eduardo Seymour, duque de Somerset y Protector del Reino, descansa allí junto á su hermano, á quien asesinó. Allí se descompuso el descabezado tronco de Juan Fisher, obispo de Rochester y cardenal de Saint Vitalis, hombre digno de haber alcanzado mejores tiempos y haber muerto en defensa de mejor causa. Allí yacen sepultados Juan Dudley, duque de Northumberland, gran almirante, y Tomás Cromwell, conde de Essex, gran Tesorero. Allí yace también otro Essex, á quien la fortuna prodigó en vano todos sus dones y á quien el valor, la gentileza, el genio, el favor real y el popular aplauso, condujeron á temprana é ignominiosa muerte. No lejos de él duermen el último sueño dos jefes de la gran casa de Howard, Tomás, cuarto duque de

Norfolk, y Felipe, undécimo conde de Arundel. De cuando en cuando, entre las tumbas de inquietos y ambiciosos hombres de Estado se encuentra el sepulcro de seres más amables y delicados: Margarita de Salisbury, última que llevó el altivo nombre de Plantagenet, y aquellas dos bellas reinas que perecieron á impulsos de la celosa rabia de Enrique. Tal era el polvo con que iba á confundirse el polvo de Monmouth (1).

Algunos meses después la tranquila aldea de Toddington, en el condado de Bedford, asistía á un funeral todavía más triste. Cerca de la aldea había una antigua y señorial morada, dominio solariego de los Wentworths. El coro de la iglesia parroquial había sido por mucho tiempo el panteón de aquella familia. En la primavera que siguió á la muerte de Monmouth, era conducido á aquel panteón el ataúd que contenía los restos de la joven Baronesa Wentworth de Nettledede. Su familia le erigió un suntuoso mausoleo; pero más profundo interés despertaba una memoria menos costosa, que por mucho tiempo acudieron á contemplar los habitantes de la comarca. El nombre de la joven dama, esculpido por la mano de aquel á quien ella había amado de todo corazón, era, hasta hace muy pocos años, perfectamente legible en un árbol del vecino parque.

(1) No puedo menos de expresar mi disgusto por la bárbara estupidéz que ha trasformado iglesia tan interesante en algo parecido á una capilla disidente de una ciudad manufacturera.

## XLIV.

LA MEMORIA DE MONMOUTH CONSERVADA CARIÑOSAMENTE  
POR EL PUEBLO.

No era lady Wentworth la única persona que conservaba la memoria de Monmouth con idólatra ternura. Su recuerdo vivió en el corazón del pueblo hasta la completa desaparición de la generación que le había visto. Cintas, hebillas y otros objetos insignificantes de su atavío eran mirados como preciosas reliquias por los que habían peleado con él en Sedgemoor. Muchos ancianos que le sobrevivieron largo tiempo, ordenaban al morir que aquellos objetos fuesen enterrados con sus cadáveres. Un botón de hilo de oro que á duras penas pudo conservarse, aún se enseña en una casa inmediata al campo de batalla. Y era tal la devoción del pueblo á su infortunado favorito, que á pesar de la completa certidumbre con que siempre se mostró el hecho de su muerte, muchos continuaban alimentando la esperanza de que aún vivía, y nuevamente volvería á presentarse en armas. Decíase que una persona que tenía extremado parecido con Montmouth se había sacrificado para salvar al héroe protestante. Entre el vulgo continuó por mucho tiempo, siempre que algo importante ocurría, murmurándose que el tiempo se acercaba y muy pronto se presentaría el Rey Monmouth. En 1686, un tunante que había pretendido pasar por el Duque y había levantado tributos en algunas aldeas de Wiltshire, fué reducido á prisión y azotado desde Newgate á Tyburn. En 1698, cuando desde mucho tiempo dis-

frutaba Inglaterra de la libertad constitucional bajo una nueva dinastía, el hijo de un posadero pasaba entre los *yeomen* de Sussex, por su amado Monmouth, y aun engañó á muchos que ciertamente no pertenecían á la clase más humilde. Reuniéronse para él quinientas libras esterlinas; los aldeanos le proporcionaron un caballo; sus mujeres le enviaban cestas de pollos y gansos, y aun le prodigaban, según se decía, favores más tiernos, pues, en galantería al menos, el impostor no representaba indignamente el original. Cuando fué arrojado en una prisión por su engaño, sus partidarios le sostuvieron con gran lujo. Muchos de entre ellos comparecieron en la barra ante el tribunal para animarle cuando fué juzgado en Horsham. Por tanto tiempo se conservó esta creencia, que ya llevaba Jorge III algunos años en el trono de Inglaterra cuando aun Voltaire creía necesario refutar gravemente la hipótesis de que el hombre de la máscara de hierro fuese Monmouth (1)

(1) *Observer*, 1.º de agosto, 1685; *Gazette de France*, 2 de noviembre, 1686; *Carta de Humphrey Wanley* de 25 de agosto 1698 en la *Colección de Aubrey*; Voltaire, *Dictionnaire philosophique*. En la *Pepysian Collection* hay algunas baladas escritas después de la muerte de Monmouth, que le representan aún vivo y anuncian su pronto regreso. He aquí dos ejemplos:

Though this is a dismal story  
Of the fall of my design,  
Yet I'll come again in glory.  
If I live till eighty-nine;  
For I'll have a stronger army  
And of ammunition store.

(Y aunque tal es la triste historia del mal éxito de mi empresa, de nuevo volveré, lleno de gloria, si vivo hasta el ochenta y nueve; pues vendré entonces al frente de ejército más poderoso, con buena provisión de municiones.)

Es tal vez circunstancia digna de igual atención que aun hoy los habitantes de algunas comarcas del Oeste de Inglaterra, cuando se presenta en la Cámara de los Lores algún *bill* que afecte sus intereses, se creen autorizados á reclamar la ayuda del Duque de Buccleuch, descendiente del infortunado caudillo por quien sus antecesores derramaron su sangre.

La historia de Monmouth bastaría por sí sola á refutar la imputación de incostancia tan frecuentemente arrojada sobre la clase más humilde del pueblo. El pueblo es algunas veces inconstante porque se compone de seres humanos; pero decir que es inconstante, si se le compara con las clases educadas, con la aristocracia ó con los príncipes, puede desde luego negarse rotundamente. Fácil sería nombrar demagogos cuya popularidad no ha disminuído, mientras soberanos y parlamentos pueden citarse que retiraron su confianza á una larga sucesión de hombres de Estado. Muchos años después de haber perdido Swift la razón, el populacho irlandés aún continuaba encendiendo hogueras el día de su cumpleaños en

Then shall Monmouth in his glories  
Unto his English friends appear,  
And will stife all such stories  
As are vended every where.

They'll see I was not so degraded  
To be taken gathering pease,  
Or in a cock of hay up braided.  
What strange stories now are these!

(Entonces Monmouth, en todo el esplendor de su gloria, se aparecerá á los ingleses, sus amigos, y se desmentirán las mil historias que se refieren por do quiera.)

(Verán cómo no estaba yo tan degradado que me prendiesen cogiendo guisantes ó escondido en un montón de heno. ¡Cuán extraños parecerán entonces tales cuentos!)

conmemoración de los servicios que imaginaban había hecho á su patria mientras se halló en la plena posesión de sus facultades. Al mismo tiempo que siete administraciones subían al poder y tenían que dejarlo á consecuencia de intrigas cortesanas ó de mudanza en los sentimientos de las altas clases sociales, el disipado Wilkes conservaba íntegra la afición de una multitud á quien saqueaba y ponía en ridículo. Hombres políticos que en 1807 habían tratado de congraciarse con Jorge III, defendiendo á Carolina de Brunswick, no se avergonzaban en 1820 de solicitar el favor de Jorge IV, persiguiéndola. Pero así en 1820 como en 1807, la gran masa de obreros y trabajadores defendía fanáticamente su causa. Y así sucedió con Monmouth. En 1680 era adorado por la *gentry* y el paisanaje del Oeste. En 1685 se presentó de nuevo, y mientras la *gentry* le miraba con aversión, los paisanos le amaban con amor más potente que la misma muerte, con un amor que no bastaron á extinguir los infortunios ni los errores, la fuga de Sedgemoor ni la carta de Ringwood, ni las lágrimas y las abyectas súplicas de Whitehall. El cargo que con justicia puede hacerse al pueblo es, no de inconstante, sino de elegir casi siempre tan mal sus favoritos, que su constancia es vicio, no virtud.